

El día señalado, se dijo la misa en el campo cristiano, leyéndola los españoles con fervorosa devoción: y los aliados indios, viendo las augustas ceremonias, en medio del mayor respeto y el asombro que les causaba la magestad de las ceremonias cristianas. (5) Después de celebrado el Santo Sacrificio, marchó Cortés con toda su infantería, veinticinco caballos y como cien mil aliados, apoyando los flancos de su ejército en los siete bergantines que había reservado consigo y mas de tres mil barcas auxiliares. Casi no encontró oposición alguna y pudo entrar en las primeras calles de la ciudad: y para que la misma multitud no embarazara los movimientos del ejército y fuera el ataque mas general, dividió la tropa en tres secciones, dando el mando de una al mismo Julian de Alderete autor de aquel plan, el cual debía seguir por la misma calle, que era ancha y proporcionada para todas las maniobras; la segunda que debería atacar por una de las calles laterales, la confió al mando de los capitanes Tapia y Jorge Alvarado, hermano de D. Pedro; y él se reservó la tercera, que debería marchar por otra calle contigua muy estrecha y por lo mismo la mas peligrosa.

Estos tres cuerpos tomaron á la vez sus respectivos caminos, peleando todos con el arrojo del que hace un último esfuerzo para poner término á una situación tan desesperada: á este impetuoso movimiento cooperaban las canoas auxiliares que habían podido penetrar por la acequia; y los feroces tlaxcaltecas, trepando por las casas y pasando de una á otra, hacian dentro de ellas todo el daño que podian, dando muerte á los enemigos que encontraban defendiendo las azoteas y esparciendo el fuego por los inflamables edificios. Los mexicanos, que aunque superados por los españoles en la disciplina militar,

5 Terc. cart. de Cortés pag. 226.

no lo eran en las estrategias y astucia; hicieron de pronto un impulso para contener la impetuosidad de sus contrarios; pero conociendo cual era el designio de éstos y el ciego furor con que se entregaban al combate, se fueron replegando al centro, con esperanza de atraer á los españoles y cojerlos en los lazos que debian quedar puestos á sus espaldas. Cortés lejos de alegrarse de la felicidad con que la victoria se iba inclinando hácia ellos, receló de aquella conducta y mandó hacer alto á su ejército, para observar si quedaba algun riesgo á su retaguardia: en estos momentos recibió parte de Alderete, de estar ya muy pronto á penetrar en la gran plaza del mercado; y avivándose su sospecha, se imaginó que el fogoso tesoro deslumbrado con el falso brillo de una aparente victoria, no habria cuidado de tapar los fosos que hubiera encontrado á su paso, principalmente un ancho canal que atravesaba la gran calle y con la cual comunicaban las dos acequias de los dos lados del camino. La sospecha del general habia salido demasiado cierta: los españoles se disputaban á porfia el mayor avance en el camino que iban encontrando sembrado de laureles; y aunque Alderete dió orden de tapar todas las cortaduras, ninguno se quiso detener en esa ocupacion que creia rebajaba su dignidad de caballeros, y en confuso tropel avansaron, logrando algunos penetrar hasta la gran plaza. Entonces los sacerdotes del dios Painalton, hicieron resonar la formidable trompeta, que solo se tocaba en los momentos de una grave urgencia pública, cuyo solemne sonido obligaba á todo el pueblo á salir y conjurar la tempestad que les amenazaba. A esta sagrada señal, todo el pueblo se puso sobre las armas y en un momento, como si algun secreto influjo hubiera enfurecido á los aztecas, se volvieron sobre sus perseguidores con tal furor, que en un momento los obligaron á retrocer, presentando aquella

confusa multitud, una mezcla de todos aquellos pueblos, donde se blandian las espadas, las masas y las lanzas, y allí se herian sin distincion y sin reconocer la mano que descargaba el golpe fatal. Aquel sordo rumor del estrago de las armas y los penetrantes ahullidos de los aztecas que como fieras hambrientas se precipitaban sobre su presa, hicieron conocer á Cortés toda la magnitud de las consecuencias que traia consigo el lamentable descuido de Alderete y aun creció mas su afliccion hasta dejarla conocer en la mutacion de su semblante, cuando por las azoteas inmediatas se presentaron algunos mexicanos arrojando en su presencia unas cabezas ensangrentadas de los españoles que habian sido ya víctimas en aquella infausta jornada, gritando «Sandoval» «Tonatiuh,» nombre que era bien sabido de todos, se acomodaba siempre al capitán Alvarado, por el color rojo de su pelo. Cortés no dudó de que hubieran tenido un fin trágico en manos de los furiosos aztecas, sus dos capitanes mas queridos, y la impresion que causó en su ánimo tan funesto acontecimiento, lo hizo tener como cierta su ruina, con la de todos sus paisanos; mas sin embargo, esforzaba su voz cuanto podia, para ordenar aquella desarreglada muchedumbre, que huyendo de la encarnizada persecucion de los mexicanos, se movia como las aguas de una impetuosa avenida, ahogando entre sus fuertes clamores, las palabras de su general, que eran impotentes para hacerse escuchar en aquellos momentos de tan solemne confusion.

Los primeros que llegaban al ancho foso, en cuyo lado opuesto estaba el general, ciegos con su precipitada fuga, no advertian el peligro y caian en las aguas del canal: unos podian á nado salvarse, otros quedaban sumergidos en el fondo, muchos hallaron paso por sobre los cadáveres de sus compañeros y algunos despues de tener la fortuna de llegar á la orilla opuesta, tenian que caer agobiados bajo el

diluvio de flechas y armas arrojadas, que los guerreros de las canoas aglomeradas en aquel punto, añadian á los horrores de la derrota. Durante esta horrorosa escena, Cortés se esforzaba en auxiliar á sus desgraciados compañeros estendiendo sus brazos para librar á muchos que moribundos se rebuian en la superficie agitada de las aguas y luchaba con heróica constancia para escapar á otros de las feroces garras de los enemigos, que se empeñaban en hacer prisioneros para ofrecerlos en sacrificio á los dioses preparándose despues el abominable convite con los hombres de las carnes blancas.

Como la persona del general les era tan conocida á los mexicanos, pronto lo reconocieron en aquella desordenada lucha, y al grito que se alzó entre los guerreros "Malinche" "Malinche," se arrojaron sobre él algunos de los mas esforzados, haciendo grandes empeños para llevarlo á su canoa: en esta ocasion estuvo Cortés aun mas espuerto que nunca á perder la vida, con lo cual México se habría visto libre de la conquista; pero los supersticiosos aztecas no tenian tanto placer en quitar la vida al jefe de sus enemigos, como en ofrecer á sus dioses el sacrificio de aquella ilustre víctima. Cortés luchaba con la tenacidad de un desesperado para salvarse del horrible destino que le esperaba: habia recibido una herida en una pierna: sus esfuerzos eran estériles para escapar de sus enemigos; y parecia ya que toda esperanza huia de su presencia, cuando se presentó en su socorro un valiente soldado Cristóbal de Olea, precipitándose con tal furor, sobre los aztecas en vista del peligro de su general, que de un sablazo cortó el brazo del robusto azteca que lo llevaba. Este magnánimo defensor del conquistador, pagó muy caro su generoso denuedo, pues arrojándose sobre él los enemigos, pronto lo hicieron caer herido al lado de su general, exhalando en breve el último suspiro. Pero ya en estos mo-

mentos habia llegado á las filas de los fugitivos la noticia del peligro á que estaba espuesto el general, y pronto vinieron en su defensa, el príncipe tezcucano D. Carlos Ixtlil-xochitl, un tlaxcalés llamado Temacatzin, y Quiñones el gefe de su guardia privada, con otros varios, los cuales lo sacaron del agua, donde luchaban para colocarlo en la canoa; y en los brazos de sus libertadores, fué quitado del canal y puesto sobre la calzada. Entonces su page Guzman se presentó con un caballo, y mientras montaban á su general, él fué arrebatado para aumentar las víctimas de los sacrificios. Quiñones guió entonces el caballo por la brida, y logró Cortés verse fuera del mayor conflicto en que estuvo su vida. (6)

Al fin aunque tenazmente perseguidos los restos del ejército de Cortés, pudieron llegar á su campamento, protegidos por el resto de la caballería que estaba de refresco por no haber tomado parte en el combate. La pérdida de Cortés fué grande en esta ocasion, atendiendo á las circunstancias en que se hallaba, pues casi no habia uno que no sufriera algunas heridas y á mas de los muchos muertos que hubo, cayeron prisioneros sesenta españoles perdiendo tambien siete caballos y dos cañones, pérdida irreparable en aquella vez.

Alvarado y Sandoval, concurren al asalto segun las órdenes del general: habian ya penetrado hasta muy cerca de la plaza del mercado, cuando por las calles inmediatas se oyeron los gritos de sus compañeros, que anunciaban el triunfo adquirido sobre la plaza, y para que no les arrebataran los laureles que á ellos debian pertenecer en la victoria, avivaron el combate con el mayor esfuerzo y estaban ya muy próximos á penetrar al mercado, cuando se dió aquel terrible toque de la corneta de Painalton,

5. Terc. cart. de Cortés, pag. 268. Bernal Diaz, cap. 152. Torquemada, momarq. ind. lib. 4.º cap. 94. Clavigero, tom. 2.º pags. 165. 166 y 197.

que por muchos años despues, reproducia aun el terror en los espantados oídos de Bernal Diaz, al cual siguieron los ahullidos de los guerreros, rumor que se fué alejando hasta perderse, y eso les hizo concebir á los capitanes, serios temores de una derrota sobre las fuerzas de su general: y aun sostenian el combate con la misma bizarría, cuando los aztecas vencedores, volvieron á engrosar las filas de los que peleaban con los capitanes, arrojándoles á las filas dos cabezas de españoles, gritando con extraordinario júbilo «Malinche» «Malinche.» Este horroroso espectáculo, impresionó de tal modo á los esforzados capitanes, que ya creyeron habia muerto el general con todos sus compañeros, y no pudiendo en tal caso sostener por mas tiempo la peligrosa posicion en que se hallaban, ordenaron la retirada.

Al llegar á sus campamentos, los fuegos de los bergantines, pudieron contener á los enfurecidos batallones aztecas: todos estaban con gran ansiedad por saber el resultado final de las fuerzas del general, cuando llegó al campo el capitán Tapia, mandado por el mismo Cortés para informar á sus capitanes, hasta qué grado llegó el descalabro que habia sufrido su division. Especialmente Sandoval estaba mas ansioso de saber todo lo ocurrido, para normar sus ulteriores operaciones, y como Tapia llegó á su campo moribundo por las heridas que habia recibido en su camino, le faltaba esfuerzo para expresar todos los pormenores de la catástrofe, por lo que, se determinó Sandoval ir en persona á recibir el informe que tanto deseaba. Montó en su mejor caballo y aunque con dificultad, llegó á los cuarteles de Cortés: este gefe, queria sobreponerse á los cuidados de su desgracia; pero la pena que oprimia su corazon era tan grande, que no dejaba de revelarse en su semblante. Sandoval le preguntó la causa de aquel lamentable desas-

tre, y el abatido ánimo del general, le espresó la amargura de su situación en esta lacónica respuesta. «Por mis pecados me ha sucedido esta desgracia, dijo Sandoval.» Después entró el general en una conversacion con su querido teniente, en la que manifestó la resolución de suspender algunos dias la actividad de las operaciones, y por estar su salud bien quebrantada por las heridas y fatigas, le encargó hacer sus veces para cuidar del exacto cumplimiento de sus órdenes en los tres campos, particularmente en el de Alvarado, pues aunque confiaba mucho en el valor y bizarría de este gefe, tenia demasiados motivos para temer de su falta de prudencia, tanto más cuanto era mayor la astucia de los mexicanos. (7)

CAPITULO XXVIII.

Sacrificio de los prisioneros: desercion de los aliados: combate de los bergantines: estragos del hambre en la ciudad: heroica resolución de los mexicanos.

Cuando Sandoval volvía á su campo, la tarde habia avanzado bastante: el cielo estaba sereno, y el sol que lentamente caminaba á reflejarse en su ocaso, esparcía una suave claridad sobre la gran Tenoxtilitan, que por la inmediacion al campamento español, dejaba ver en toda su horrorosa deformidad, las escenas de que era teatro, merced á la diáfana y trasparente atmósfera de aquella tranquila tarde. Lo apacible de aquella hora no correspondia á la agitacion que en la mañana resonó en la capital de los aztecas, derramándose á torrentes la sangre en el furioso

7 Bernal Diaz cap. 152.

combate á que sitiados y sitiadores se entregaron en las calles de la metrópoli: los asaltantes exhaustos de fuerza por la sangre que perdieron con las heridas y las fatigas de la lucha, necesitaban reposo para recobrar su vigor y curar el quebranto de sus ánimos abatidos, así por el fatal resultado de aquel temerario asalto, como por la pérdida de tantos compañeros: los mexicanos por el contrario, con aquel espléndido triunfo, olvidaban las penalidades de sus vigiliass y de aquella encarnizada lucha, sostenida con tan heroica constancia por tantos dias; y si en aquel momento no salian á combatir á sus desmoralizados enemigos, era porque un deber religioso los llamaba á un acto tan bárbaro para los cristianos, cuanto agradable y solemne para aquellos supersticiosos espíritus.

En medio de la calma de la tarde, toda la ciudad y hasta los confines del valle se estremecieron, á los lúgubres acentos del «teponaxtli» colocado en el gran «teocalli» del dios de la guerra: aquel ronco instrumento, que segun el veterano Diaz, era «un tambor de muy triste sonido, en fin, como instrumentos de demonios.» (1) resonó en los oídos de los españoles, aumentando la angustia de sus destrozados corazones, con las voces tétricas que traian á su imaginacion las pavorosas escenas de la noche triste, única vez que lo habian oído. Sabian que aquel instrumento estaba destinado para convocar con sus fúnebres vibraciones á algun acto solemne de religion en el abominable santuario de la sanguinaria divinidad de las aztecas: y todos los soldados salieron de sus tiendas sobrecogidos de espanto, para dirigir sus vacilantes miradas hácia la gran columna, de donde se hacian escuchar las tristes voces del gran teponaxtli. Los cuarteles de Alvarado estaban á una distancia tan corta de la ciudad que con el auxilio

1 His. de la conq. cap. 152.